

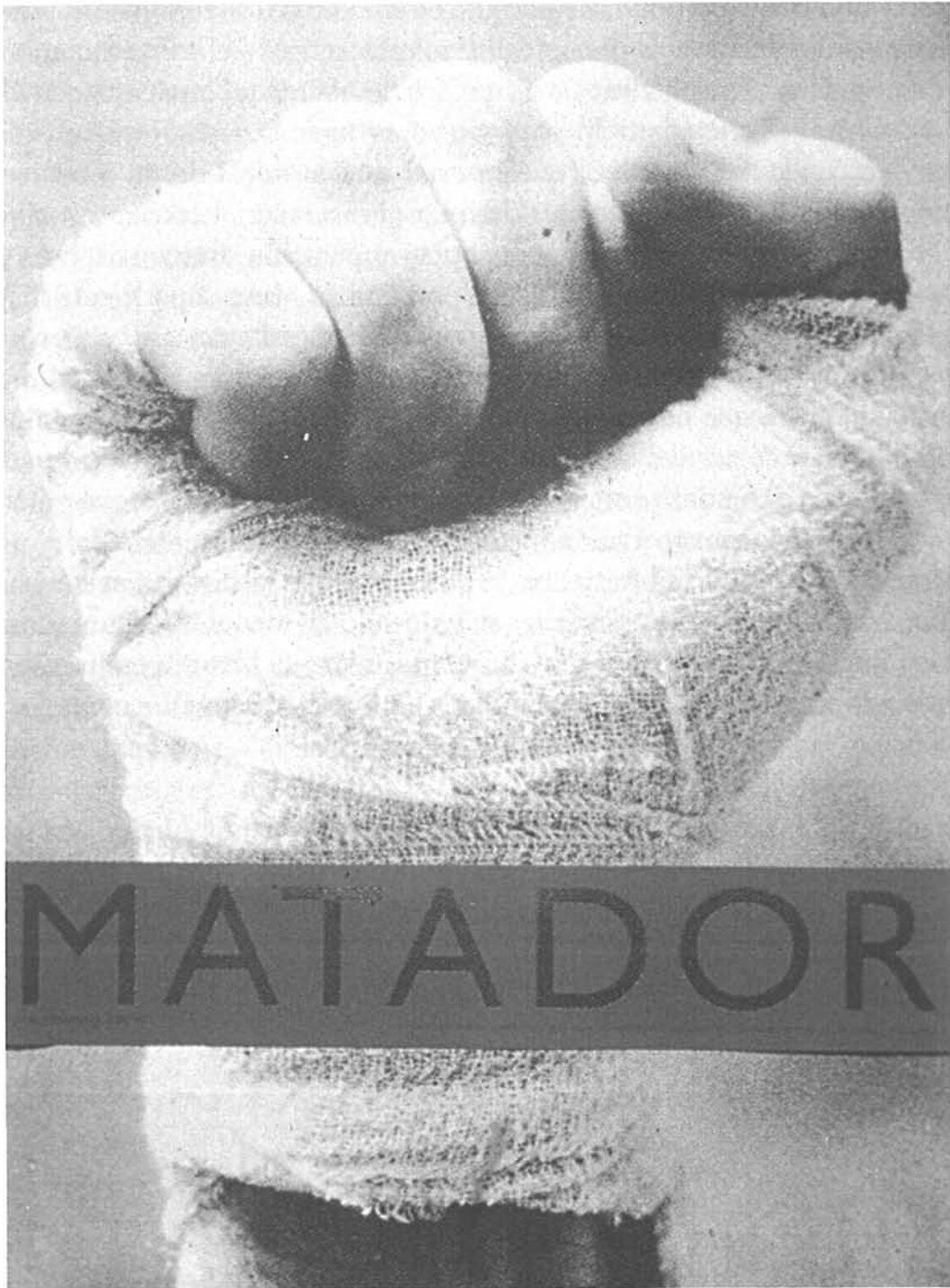
do. Esto es lo que distingue la comunicación que podríamos llamar *multiversal* de aquella comunicación universal (en el sentido de Apel y Habermas) que es el discurso ideal. En el discurso ideal la pluralidad solamente es permitida como un punto de partida; el único movimiento justificado es el desmantelamiento de la diversidad y su estado final –el consenso universal– es aquel en el que nadie es más que los demás, de tal modo que, en último término, todos los participantes son superfluos. De esta forma el solipsismo trascendental, contra el que se estableció el ideal de un modelo de acción comunicativa, termina por derrotar al discurso: el consenso universal es la venganza del solipsismo contra su superación discursiva. Pues así como la meta de la Historia Universal consiste en hacer superflua la historia, la meta de los participantes del discurso ideal es llegar a ser superfluos ellos mismos. A esta comunicación universal hay que oponer la comunicación multiversal, que necesita y mantiene la conversación infinita y la particular manera de ser del otro. Este es el instrumento de la historia multiversal que he defendido con la tesis de que la Historia Universal sólo es humana gracias a su superación histórica: como historia multiversal.

Termino recordando la frase con la que comencé: la historia es un asunto demasiado importante como para dejarlo sólo en manos de historiadores. Pienso que a lo mejor habría que decir más bien: la historia es un asunto demasiado importante como para dejarlo en manos de los filósofos.

*Traducción: Daniel Innerarity*



Architype Albers, digitalización del alfabeto estarcido de Josef Albers  
realizada por Quay y Sack.



Fernando Gutiérrez y Pablo Martín: Portada de la revista *Matador*

**CALLEJERO**



Carlos Sáenz de Tejada: Cartel de *Mostvita* (1944)